

MEMORIAS

Vida cantada*

Arturo Corcuera

Mi nacimiento

Nací por accidente en el puerto de Salaverry. Allí acababa de poner su farmacia mi tío Daniel y mi abuela acababa de enviudar. Mis padres residían en Contumazá, un pueblo de la sierra cajamarquina, de donde son oriundos casi todos mis hermanos. Yo todavía “flotaba en la inmensidad del universo. / Era átomo, mínima partícula de estrella perdida en el cosmos. / Aguardaba un claustro materno donde germinar en algún planeta. / Recuerdo el color naranja de la Tierra...”. Mi madre, en estado grávido, realizó el viaje anual de visita que hacía a mi abuela (todavía no era mi abuela), y las lluvias que se adelantaron aquel año le impidieron el regreso oportuno. Los médicos le hicieron ver lo riesgoso que resultaba regresar en meses de tormenta por angostos caminos, tasajeados de precipicios, que conducían a Contumazá. Yo empezaba a vestir, en el interior de la placenta, mi escafandra

* Fragmento de libro del mismo título. Lima, 2016.

azul. “Me veía como en un acuario...” y mi silueta de renacuajo humano se perfilaba a medida que pasaban los días. Esperaba turno para que mi pequeñaja figura de alga, enredada de yuyos, apareciera con salvas en el planeta Tierra. Un varoncito también alegría a la familia.

Eran tiempos del apogeo de los puertos. No existía la carretera Panamericana y la gente se trasladaba por barco al Callao para llegar a la dorada Lima. Salaverry era un puerto de casas de madera, lo más parecido a las poblaciones del oeste norteamericano. De madera eran hasta sus veredas. Había más de una vistosa glorieta en lugares públicos. No llegaba aún la electricidad, se utilizaba en las casas y en las calles lámparas y faroles de gas. Tampoco existía agua potable. Repartían el agua cargándola en mulas los aguateros con robustos porongos. Cuando llegó la primera planta eléctrica fue todo un acontecimiento, íbamos todos a mirar esa colosal máquina que estremecía, como un paquidermo de metal, las viviendas. Su traquetear se escuchaba en todo el puerto. Ocurrió también así cuando llegó el cine, al que acudían los espectadores cargando sus sillas y la película se proyectaba rollo por rollo. A Trujillo se viajaba en autovagón, las góndolas vendrían después. Desde las ventanillas, cuando niños, veíamos regresar agitados a los veloces árboles. Me los imaginaba volviendo de comprar pájaros y nidos en los mercados de la campiña de Moche, ese pintoresco pueblito norteño que frecuenté en mi niñez, desplazándome entre el mar y el campo.

A este territorio de arenales y remolinos, de barcos que partían a países lejanos, de aves que retornaban en filas infinitas, de muelles, cangrejos y lagartijas, me trajo mi madre. “Mi llanto, al aparecer renacuajo de diminuta forma humana, / fue mi primera expresión de protesta y de hacer silbar las sílabas”. Diría que el mar me reclamó y me tendió sus redes. Me despegué de las entrañas de mi madre como pejesapo aferrado a las peñas. La atendió una vieja comadrona que hacía de ginecóloga. Alumbrarme casi le cuesta la vida a mi madre. No bien llegué a sus brazos, a los pocos días, comenzó a consumirse en fiebre. Fue desahuciada por los médicos de Trujillo y tuvieron que llevarla de urgencia a la capital. La vieron muchos facultativos y fueron diversas las opiniones. Fue el

doctor Tomás Escajadillo quien hizo el diagnóstico certero y dio las orientaciones correctas para el tratamiento de la fiebre puerperal, infección difícil de combatir en aquellos tiempos en que no existía la penicilina. “Ha sido un milagro”, decía mi abuela (la Mamatola), doña Zoila Osoreo Amoretti. Atribuía a sus oraciones el hecho de que se hubiera salvado. Su convalecencia fue larga y delicada, mientras yo pernoctaba en el regazo de mi abuela y succionaba el pecho de las madres que se ofrecían para amamantarme. Se trataba de macizas mujeres del puerto que me ofrendaban sus manantiales de leche.

¡Cómo voy a olvidar a la gente del pueblo que desde mi nacimiento me ofreció las esencias con las que se alimentaría más tarde mi poesía!



Mi infancia

Yo soy el séptimo hijo. Mamá quedó muy frágil, impedida de realizar los pesarosos trajines que ocasiona la crianza. La esperaban en la sierra seis hijos, de crecimiento escalonado. Mi abuela, que cada día se encariñaba más conmigo, la convenció de que me dejara con ella hasta que recuperara energías y yo, más grandecito, no le acarreará tantos esfuerzos y desvelos, a ella que había quedado tan delgada y sin fuerzas. Otros niños la necesitaban. Fue de este modo que me quedé en el regazo de la Mamatola. Ella se hizo cargo de mí. Me crio junto al mar, como si el mar también me hubiera reclamado. Mi abuela tenía el instinto maternal muy desarrollado. Si de ella hubiese dependido hubiera criado a todas las criaturas de la Tierra. Se apoderaba de nietos propios y ajenos. A todos les brindaba su amor y sus cuidados. Fue una madre de mucho temple, amorosa y engreidora. Como buena hija de padre italiano, sabía preparar la masa de los espaguetis y nunca faltaron en la mesa los exquisitos tallarines domingueros que el paladar y el corazón añoran. En mi memoria aparece también mi tía

Victoria inundando de juventud nuestras vidas. ¡Cómo quisiera esa vitalidad para mi poesía! Se me hace miel la boca al recordar los caramelos de chocolate (inigualables) que preparaba mi tía para el consumo familiar. La ayudábamos los niños a envolverlos, solo por esconder algunos en nuestras mangas o pegarlos bajo el tablero de la mesa para cosecharlos después. Esos tofis elaborados por sus manos aún continúan endulzándonos.

El mar es otro de los seres celestes que aparecen en mis sueños. Tenía el pelo blanco como el de mi tío Daniel en su edad madura y, como él, nos cobijaba y nos abastecía de peces para que no faltaran sobre la mesa. Nos proveía de caracoles en los que oíamos la voz de los ahogados y de atardeceres que llenaban de colores nuestras fantasías. El mar está tan metido dentro de mí que a veces me despierto oyendo el agitar de sus olas, el ronco pitar de los barcos y el piar casi humano de las gaviotas. El mar fue el primer poeta que oí recitar y el que más ha influido en mi obra: “¡Planeando una isla ignota / perdida entre mar y cielo / mi infancia fue una gaviota. / Soy yo o solo es mi pena, / cierro los ojos y veo / un niño solo en la arena”.

Mis primeros juguetes fueron esqueletos de aves marinas, estrellas de mar de color naranja pálido, el casco de los caracoles, los caparazones vacíos, desarmados, de los erizos. Corría detrás de las lagartijas, de los carreteros que se ocultan en los huecos que cavan previamente en la arena. En las playas limeñas los llaman arañas de mar. Me gustaba observar a los pájaros marinos y, como ellos, quería volar, conocer otros mares, otras lejanías. Los vapores, los trabajadores de los muelles, las madrugadas de los pescadores que partían en sus lanchas hasta el atardecer, hora en la que volvían teñidos de rojo como desprendidos del ocaso. No faltaban los mítines de los obreros, las huelgas de ferrocarriles. Este fue el universo que durante el día tatuaron los ojos de mi infancia. Por la noche, en sueños se me aparecían los ahogados, los barcos hundidos, el pescador perdido en las distancias remotas, los cuerpos no hallados de los suicidas lanzados desde las empinadas rocas, los marineros muertos en reyerta de malandrines. Probablemente, todo esto se debía a las historias de aparecidos que nos contaban las criadas a la hora de dormir. Muchas veces escuché el plañido

del ahogado en las noches de luna llena. La leyenda daba rienda suelta a mi imaginación. Se comentaba que el ahogado pena por la orilla de los mares y por las calles del puerto hasta que hallen y entierren sus restos. Su lamento se oía más nítido cuando estaba más lejos y más despacio cuando más se acercaba. La única forma de defenderse de esta ánima errante era introduciéndose en el mar al cual temía. Al día siguiente, hablar del ahogado era la comidilla de la gente. Había vecinos que aseguraban haber visto su fantasma, sin piel y sin ojos, pura niebla hinchada y amoratada.

Mi padre ejercía el cargo de juez de primera instancia en Contumazá y cada día tenía menos tiempo para dedicarse a la literatura, su tímida vocación. Sus numerosos hijos (después de los siete vendrían dos más) y sus interminables expedientes judiciales lo fueron alejando del arte. Dibujaba y pintaba solo sábados y domingos, y escribía de vez en cuando en revistas y periódicos de la localidad. En las revistas *La Patria* y *La Golondrina*, de las que había sido, con Felipe Alva, uno de sus directores y fundadores, pueden encontrarse textos literarios suyos.

Yo iba a Contumazá a pasar las vacaciones con mis padres en el mes de julio y en las fiestas del patrón San Mateo. Asistía a las corridas de toros, a las retretas, a las noches de fuegos artificiales, a los paseos a caballo por las calles principales del pueblo. Se cabalgaba, según la condición de cada cual, el día de los niños, de los solteros o los casados. En las alforjas se cargaban limas, esa especie de naranjas dulces y amarillas, que muestran un pezón en el centro y en el que se insertaba una flor para ser lanzada al corazón de la muchacha que se pretende y que espera apostada en su balcón. Si la elegida corresponde devolviendo también una flor prendida en una lima, significa que van bien las cosas y que puede iniciarse una relación amorosa.

No han dejado de revolotear en mi memoria las mariposas y los colibríes que volví a ver en la sierra ancashina, y continúo viendo con los ojos cerrados al venadito de los montes que un día aterrado en el campo me atisbó entre los árboles y emprendió la veloz huida.



La abuela (la Mamatola)

Hace años que no voy al cementerio a visitarte, abuela, Mamazoila, Mamatola; en nuestra lengua de pilluelos, mascullar cariñoso con el que te bautizamos para siempre.

Es en el cementerio donde menos te busco y donde menos te encuentro.

No acepto hasta hoy saberte ahí emparedada, tapiada, rodeada de muertos desconocidos que murieron sabe Dios de qué tristezas, de qué tercas enfermedades, de qué padecimientos inconsolables.

Convives, muy a tu pesar, con muertos que quizá carezcan ya de familiares, sin gladiolos en sus tumbas, como la tuya, sin una oración que los reconforte en su cortejo final a la fosa común, suerte que nos depara a todos, tarde o temprano, abuela.

Cómo pudiste morirte nacida tú para madre y acunar engreidora a tantas criaturas en tus brazos.

Cómo olvidar que medio planeta de nietos quedó huérfano con tu muerte, después de una enfermedad larga y penosa que incendió de sombras la casa.

Te imagino inquieta en tu quietud, preocupada por los nietos, por el frío que pudiéramos padecer con los ventarrones del invierno.

El mar rugía y encrespaba al cielo su melena blanca.

Te vuelvo a ver curándonos el sarampión, la rubeola, la tos ferina, el mal de ojo, las rechonchas paperas, única vez que fuimos en nuestra infancia gordos.

Casi te oigo refunfuñar por sentirte estirada en la caja, incómoda, tú la más sencilla de las abuelas, de saberte condenada a la ociosidad, tú que en la vida diaria no conociste reposo, ni en las noches en blanco, espantando el sobresalto de los sueños.

Diría que te veo con tu *crochet*, tejiendo patucos de lana a las hormigas para que no se hieran al cargar el grano; zurciendo grietas y fisuras en las profundidades, recolectando semillas; bordando flores, con hilos como los que utilizabas para embellecer

con encajes los mantones de la Virgen, Hada del Cielo, que te habrá cubierto con su manto divino, también bordado por tus manos.

Me parece verte amamantar las raíces; abrigar en tu seno, para que no despierten, los chanchitos de tierra, quietecitos como tus párpados dormidos; verte convertir los gusanos, con solo tocarlos, en mariposas de alas doradas, madre.



La bisabuela

La madre de mi abuela materna, mi bisabuela, era hija de doña Dolores Salazar Cárcamo, unida en nupcias con don Lorenzo Amoretti Amoretti. Mujer adinerada que vivía en Lima rodeada de servidumbre y comodidades, en una casa con alfombras y arañas, cubiertos de plata y mayordomo. Tenía tres hijas y un hijo. Mujer de agrio carácter, impulsiva y dominante. Mi abuela, la Mamatola, era la penúltima de las hijas y la más rebelde, lo que endurecía las relaciones con su madre, quien prefería y apoyaba, haciendo ostentación, a las otras hijas. En presencia del bisabuelo fingía con ella amabilidad y tolerancia. Las cosas se pusieron tirantes en plena juventud cuando se enamoró, empezada la adolescencia, de don Daniel Osoreo Regalado, caballero apuesto y elegante, pero sin dinero y, para colmo, de Chota. Un serrano en la familia constituía por esos años, afrenta. “Al chotano, ni la mano”, agravaba las relaciones, la conocida sentencia popular.

La abuela (que aún no era mi abuela), estaba harta de encerronas y reprimendas. Un día de acalorada y altisonante discusión, en un raptó de rabia, doña Dolores Salazar Cárcamo, terminó echando a su hija de la casa, apenas con las mudas que tenía puestas. A las pocas semanas, en la clandestinidad, teniendo de cómplices a una amiga y a un sacerdote, se casaban en secreto en la sacristía de la catedral. No tenía aún la mayoría de edad. La

pareja se fue a vivir modestamente en una casa pequeña en Chota de propiedad del abuelo Osores. Con sus escasos ahorros puso una botica, y empezaron a consolidar las bases de un hogar que tuvo por cimientos el amor y el coraje para sortear las estrecheces que les deparaba la vida. No volvió a ver a su madre, y a sus hermanas, muy poco, solo en ocasiones eventuales. Cuando falleció doña Dolores, se negó mi abuela a recibir lo que le correspondía en herencia. Lo mismo ocurrió a la muerte de sus hermanas, de quienes no quiso aceptar ni un centavo, ni una joya.

Mis abuelos tuvieron cinco hijos. Dos mujeres. Zoilita, la mayor, falleció cuando era niña y el varoncito murió niño de pecho. Entre los tres hijos que sobrevivieron figuran mi madre y mis tíos Daniel y Carlos Osores, con quienes años después se trasladaron a Salaverry, donde pusieron la farmacia familiar. Mi madre se había casado muy joven con mi padre Óscar E. Corcuera y alcanzaron todavía a vivir unos días en Chota, cuando mi padre iniciaba su carrera en la judicatura. Mi madre estaba tan fascinada por el talante de mi padre que, concluida la visita convencional que realizaba a la casa cuando eran novios, al despedirlo, mi madre, en un gesto de romanticismo, guardaba la ceniza de sus cigarrillos.

Nunca pudo mi abuela aceptar la muerte de la pequeña Zoilita, dechado de virtudes, inteligente y bella, según contaban las amistades. La Mamatola lloraba sin descanso día y noche, y bañada en lágrimas recriminaba a Dios, enrojeciendo de blasfemias las imágenes del altar. Una noche después de meses de atormentarse, mientras dormía, se le presentó en sueños el demonio, y la amenazó con llevarse a otro de sus hijos si continuaba lamentando su suerte. Desde entonces, mi abuela fue otra persona, se reconcilió con el Santísimo y se entregó a las labores de apoyo a la iglesia, organizando rosarios, procesiones, y bordando los manteles del Altar Mayor y los mantones de la Virgen, que embellecía con sus manos.



Mis años escolares

Mis primeros estudios de escolar los realicé en el colegio Seminario de San Carlos y San Marcelo de Trujillo. Allí estudiaron Víctor Raúl Haya de la Torre y, más tarde, Luis de la Puente Uceda, dos líderes del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), que, por discrepancias con la línea política del partido aprista, se distanciaron agriamente y cada uno siguió un camino distinto y opuesto, según su modo de entender la historia, fiel cada uno a sus convicciones ideológicas, a las que ninguno de los dos dudó en subordinar a ellas su conducta política. Haya llegó en la ancianidad a ser presidente del Congreso, y De la Puente Uceda murió en las guerrillas, levantado en armas contra el sistema. Fundó el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria). Hasta hoy no ha sido revelado el lugar donde yacen enterrados sus restos. Guillermo Lobatón fue uno de sus compañeros y terminó desaparecido. Se asegura que lo arrojaron desde un avión militar.

Recuerdo cuando los curas invitaron a Víctor Raúl a visitar el colegio y el recibimiento fue apoteósico. Yo iniciaba mis estudios de primaria y no entendía nada, no sabía de qué se trataba y solo repetía en coro y con desgano la consigna que nos habían impartido: “¡Víctor Raúl! ¡Víctor Raúl!” El líder aprista volvía del destierro y en su discurso hizo evocaciones de sus días de escolar. Salió del patio del colegio en hombros, entre vítores y aclamaciones. Cuando lo cuento, nadie me cree que fue en un colegio de curas, con autorización del arzobispado de Trujillo, el primer acto político al que asistí después de haber comulgado en la misa que se había oficiado por la mañana por la salud del líder aprista.

Trascurridos muchos años, encontrándome después con Rosi, recién casados, en casa de Jorge Plasencia, cónsul del Perú en Génova, mientras platicábamos, Jorge recibió una llamada de Víctor Raúl Haya de La Torre, invitándolo a pasar el fin de semana en Roma. Jorge se disculpaba diciéndole que tenía como huésped al poeta Arturo Corcuera con su flamante esposa y que en pocos días viajaban en barco a Lima. Víctor Raúl le expresó que hacía extensiva la invitación a nosotros. Mientras Víctor Raúl permanecía en el fono, Jorge me consultó y le pedí que me excusara, que le

explicara que acabábamos de estar en Roma, que me quedaban apenas unos días para conocer algo más de Italia, que en pocos días zarpaba el barco, pero que apreciaba y agradecía su gesto sobremanera. Lo presioné a Jorge para que no se preocupara por nosotros y que viajara a reunirse con él. Y así lo hizo. Jorge Plasencia nos llenó la heladera de víveres, nos abasteció de vino, y dio orden a la bodega cercana de que nos atendiera cargándolo todo lo que pidiéramos a su cuenta. Fueron dos actitudes generosas con un poeta que políticamente no pensaba como ellos. Plasencia fue nombrado después embajador en Egipto y de allí regresó, años después, enfermo a morir en el Perú. Una vez establecido en Lima y realizando yo mis trabajos habituales, me arrepentí de haber perdido una magnífica oportunidad de conocer personalmente al líder aprista y participar de una tertulia promovida por el propio Haya, lejos del país, teniéndome como su invitado en Roma. Sin embargo, en fechas recientes, me decepcionaron sus rencores contra José Carlos Mariátegui, contra José María Arguedas y otros importantes escritores, resentimientos que han quedado registrados en algunas cartas tuyas, que se han dado a conocer no hace mucho.

En el colegio, se comulgaba todas las semanas y se rezaba todos los días antes de iniciar la clase. Yo tenía, desde pequeño, por la crianza de mi abuela, una formación católica, oía misa todos los domingos, rezaba a menudo el rosario y no me perdía las procesiones, así que empalmé bien en el colegio. Hacía de monaguillo. Lo sentía todo tan teatral que me gustaba ayudar a hacer misa y acompañar al cura en los bautizos. Vestido de rojo sentía que participaba disfrazado en una actuación escolar. También, por supuesto, por la propina de los padrinos. Aún conservo la fotografía de mi primera comunión. Aparezco con cara de ángel como guardando turno para ingresar al cielo.

En mis años de escolar ingerí tantas hostias y me bañé en tanta agua bendita que considero haber consumido lo suficiente para toda mi vida. Terminé el colegio y se acabó mi fe. Por eso, me parece buena la idea que le sugirió el escritor catalán Juan Marsé al Cardenal de Barcelona: confeccionar hostias de colores con una amplia gama de vitaminas. “La iglesia ganaría en fieles

–le porfiaba– y, además, podría hacerse una gran promoción publicitaria: ‘CONSUMA HOSTIAS DE COLORES. CONTIENEN MÁS DIOS’.



Evocación de Mickey

1

No hace mucho, Mickey le ganó un juicio de varios millones de dólares a una empresa china que usufructuaba la popularidad de su imagen. Le ha caído a pelo. El travieso roedor y su pata del alma, el Pato Donald, estaban al borde de la bancarrota. Me cuentan que los vieron abatidos bebiendo unos tragos en una taberna cercana al Eurodisney, el gran parque de atracciones edificado en las afueras de París. Perdían millones de dólares por la recesión europea. De ningún modo por la pérdida de simpatía a Mickey o al Pato Donald (“Pato de ruidosa bocina / Mac Pato, Mac Pato / Pato mentecato / presto ansiamos verte / guisado en el plato”). De haber continuado el ausentismo de visitantes del Eurodisney, los héroes más celebrados de nuestra infancia hubieran quedado sin trabajo, pateando latas (de conserva). Les aguardaría el desempleo como a tantos de nosotros en este inmenso parque de diversiones que es para los ricos la economía de mercado.

2

El Ratón Mickey andará ya acercándose a los 100 años de edad. Su rostro de pericote debe de estar plagado de patas de gallo y la luna (redonda como un queso) debe haber llorado a mares sobre su pelambre. Cuando cumplió 60 años, los delegados de las Naciones Unidas lo festejaron con torta, globos y piñatas. (¡Queremos que parta la torta, queremos que parta la torta!). Entraba a la base seis el roedor más famoso y querido del planeta. Que no se entere de lo que digo el Cuy, héroe andino de la historieta limeña, abandonado

por su autor, el dibujante y humorista Juan Acevedo, en estos tiempos de globalización. Y ni qué decir del ratoncito Pérez que nos dejaba dulces y propinas bajo la almohada, a cambio de unos dientes de leche. En aquella fecha, el presidente de Unicef, James Grant, le otorgó una distinción simbólica a Mickey, en la persona de Roy Disney, hermano de Walt, el multicolor genio de la fantasía y de la historieta del cine.

A Mickey, como buen actor que es del celuloide, en mi *Noé delirante* lo hice interpretar el papel de agente de la CIA. “Cinta magnetofónica y ojo / mágico en la cabina / del jet, / en los armarios / en / los teléfonos, con cámara / fotográfica, Mickey en el cajón, merodeando / con lupa en el tejado. / En este ratón, ¡miau, miau! / hay superratón encerrado”. Personificó tan bien al personaje que podría haber ganado el Óscar y haber roído a sus anchas la alfombra roja. Pero qué se lo iban a dar a un ratón si hasta hoy no se lo niegan al León de la Metro.

De Mickey, Lorenzo Osoreo y José Watanabe hicieron un bello afiche semejante a una página de historieta. Y Víctor Escalante se ocupó del Pato Donald personificando a la estatua de la libertad y suplantando la antorcha por un fajo de dólares. En ambos afiches se consignan las fábulas. Fueron exhibidos en varios países de Europa.

Mientras escribo estas líneas escurridizas, me mira con ternura desde la pared un Mickey fuera de serie, hecho a lápiz de un solo trazo por el propio Walt Disney, obsequio de una dama gentil que no podía ver a los ratones ni en pintura.

¡Que tu reino sea siempre mi corazón lleno de agujeros, Mickey!



Vivencias poéticas

Mis primeras vivencias en Salaverry y luego en Contumazá han sido los cimientos fundamentales de mi poesía. La fauna marina

de aire y agua y arena, las especies del monte en la sierra dejaron en mí su huella indeleble que ha ido asomando en mis libros. El mar ha sido una fuente constante. En algunos de mis poemas se escucha su oleaje y su respiración. La temporada más larga que viví alejado del mar fue casi dos años, cuando residí en España, entre Madrid y Barco de Ávila. Sentía que me hacía falta su canto, su revuelta melena blanca de abuelo gruñón. El verano en Madrid sin mar no era para mí verano. Mi evocación del mar y mi añoranza se manifiestan en mi libro *Las sirenas y las estaciones*, en el que evoco mi infancia y el mar a través del paso de las estaciones del año. Quise subrayar en su título, con las sirenas, lo permanente, el mito; con las estaciones, lo fugitivo, lo pasajero: “No eres el verano. No tienes barcos ni cordajes de pájaros sobre tu proa. / Eres un muñeco porfiado y cargoso ambulando por la ciudad. / ¿Dónde yace tu imperio dorado, tus relampagueantes mareas, / la capa colorada de tu crepúsculo? / Verano, varabas estrellas, serpentinas en mi corazón, espinazos de lobos marinos...”. Décadas después escribiría *Puerto de la memoria*, donde vuelve mi niñez saltimbanqui, el entorno familiar, la vida y la fábula en las aguas agitadas del puerto, devastado por las olas del tiempo y del viento. Cuando volví una vez en busca de mis pasos infantiles, a visitar mi casa deshabitada, escribí melancólico: “Vuelvo a la casa de mi infancia. / Nada me dice que fue mi casa, caracola / vacía. Yace sola, / entre nieblas de arena anubarrada. // Lóbrega la farola / se hundió en la cresta de una marejada; / flota sin rumbo, va destartalada, / mustio navío que volcó la ola. // Son en su mundo incierto / mi casa y sus fantasmas más lejanos / ánimas forasteras en el puerto. / Los recuerdos son vanos, // me dice el mar que ya todo está muerto / y siento un frío helado entre las manos” (“La visita”).

Pasé mi niñez en Salaverry con una mancha de primos-hermanos, más hermanos-primos, diría yo: Ciro, Napo, Guillermo, hijos de doña Teodomira Pérez. Los dos primeros ya han fallecido, lo mismo que Antonio, (“Antonio, desvalido primo mío / yo vi cuando a ti te cerraban los ojos / y tú, bromista empedernido, / los volvías a abrir por meternos miedo...”); mi primo Antonio, hijo de mi tía Victoria Benites Santillana, como José, Marilú, Lorenzo y la Vitito, hijos e hijas, en matrimonio, con mi tío Daniel Osore Amoretti (papá Daniel). También integraba la pandilla mi prima

Zoila Osoreo (la Gringa), hija de mi tío Carlos, chochera de la Mamatola. Nuestras distracciones eran como las de cualquier chico de mar correteando descalzo, pata-salada, por los arenales y los empedrados de las calles con mis amigos del barrio. Algo que recuerdo, por la solemnidad con la que desempeñábamos nuestro papel, son los cortejos fúnebres que acompañábamos llevando en primera fila las coronas. No nos perdíamos ningún muerto, y nos disputábamos las ofrendas por la belleza de las flores. Pero no fue así cuando acompañamos el entierro de *Ciro*, a quien llegamos a ver en el cajón, de puros curiosos sin entender qué ocurría, su rostro inmóvil y frío esculpido en cera. Estábamos muy tristes. Murió de fiebre de Malta, contraída por consumir a menudo queso de cabra en un restaurante de Pacasmayo. Se fue atado precozmente a la cola de un crepúsculo. Nunca más hemos vuelto a su tumba, seguramente borrada por la arena y el viento, por los remolinos que hacen su aparición en los atardeceres del puerto.

También crecieron, en esa casa que se estiraba para albergar a todos, mis primos: Napoleón, *Ciro* y Guillermo, mi hermana Maruja, mis hermanos y mis hermanas también pasaban largas temporadas. La Mamatola era de esa clase de matronas capaces de criar y recibir a todas las criaturas del planeta. Mis lecturas de aquellos años veloces fueron la obra reunida de los grandes fabulistas en dos tomos gordos, regalo de mi madrina, la dama trujillana Elvira Hoyle, y las aventuras escogidas de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, en una edición y selección dirigida al sector juvenil. Incorporé con los años la fábula a la poesía, eliminé la moraleja y dosifiqué al mínimo la rima. Los delirios del Quijote en alguna porción se hacen presentes en la fiebre matinal de mi *Noé delirante*.



Mi tío Daniel

Le decíamos papá Daniel.

Llenó su corazón de sobrinos y lo espació para que tuviéramos una amplia casa.

El mar palpitando en las redes no era más generoso.

Fue más recto y transparente que la línea del horizonte.

A la distancia se le distinguía con su bigotito azul y ese andar ligero acuñado en los años del cine mudo.

Todo lo suyo lo compartió en vida:

la mesa puesta y el mantel bordado

la sala con los muebles de cedro Luis XV,

el techo con su farola de vitrales

la azotea donde se reunían a jugar con nosotros los gatos y la luna.

Compartió remedios, parches, tabletas, timolinas, inyectables que fiaba a conocidos y a extraños fingiendo anotar en un cuaderno.

Con su medido recurso de químico farmacéutico hizo médico a su hermano menor para que curara gratuitamente a los pobres, y tío Carlos cumplió desde el día de su graduación hasta el final de su vida.

La gente del puerto lo llamaba don Daniel y le tenía fe en las pomadas que él preparaba en su mortero de mármol, recetario de su magín que le quitaba el sueño a las enfermedades.

Fue su farmacia la más bella del orbe.

Ahí están en la memoria los pomos de cristal color ámbar, con etiquetas de fondo blanco y letras en latín (*nux moschatat, pasiflora, incarmenta, nux vomica, ipecacuana, cobelia inflata*); los frascos de porcelana fina con diseños de colores de la *belle époque*, la fidelísima balanza, capaz de pesar una pestaña (o una ilusión); la caja registradora *made in England* de la que hasta hoy, desde lejos, nos llegan los timbales asordados de su música; la cabellina para teñir el pelo, tónico de su invención de químico adelantado, digno de figurar en el Almanaque Bristol.

¿A dónde ha ido a parar este reino perdido?

¿Qué se hizo la glostora que brillantaba mi cabello, deshilachándose hoy en el camino, desteñido y reseco?

¿Qué se hicieron las píldoras de éter y trementina?

¿Las pastillas de mentol, cocaína y bórax, qué se hicieron?

¿Los cigarrillos del doctor Andreu, infalibles en mitigar la tos?

¿La emulsión Scott que prometía volvernos fuertes, más eficaz que las espinacas de Popeye el marino soy?

¿El árnica aliviadora del quebranto de contusiones que no fueron pocas en nuestras canillas saltarinas y equilibristas?

¿El bicarbonato de sodio, bueno para evitar la vinagrera de los mayores, después de un almuerzo cumpleaños, aderezado de guisos y recuerdos?

¿El aceite de ricino, ogro temido de nuestra niñez, peor que demonio suelto en el estómago?

¿El bálsamo de buda, protegiéndonos del susto como el agua de azahar, en la noche oscura de las ánimas: el gemido errante del ahogado, el peregrinar de los marinos muertos, los desasidos ojos del fraile sin cabeza?

¿El vinagre de bully, experimentado en bajar calenturas y aliviar el soponcio?

¿El Neurofosfato Skay, reparador de los fósforos del cerebro?

¿El azúcar cande, endulzándonos a escondidas?, y que adulto volví a gustar en el mercado azul turquesa de Samarkanda, la misteriosa, ataviada de turbantes y cúpulas, ciudad que recorrí sobre una alfombra voladora, hechizado por su belleza de dos mil quinientos años eclipsando al Sol.

¿La belladona y las barras de alumbre, qué se *fizieron*?

¿A dónde ha ido a parar este reino perdido?

Tío Daniel nos hablaba de los indómitos años de su juventud en la insurgente de Chota, tierra de rebeliones y maizales, tierra dulce donde también nació y creció mi madre, y donde nace y crece la caña de azúcar, tierra bravía de temer cuando se enoja.

Nos hablaba tío Daniel de su abuelo italiano don Lorenzo Amoretti, llegado de la lejana Génova, puerto del que un día zarpé de retorno al Perú con Rosi (recién casaditos) en un barco que surcaba un mar de miel y llevaba su nombre Rossi(ni), moza tan fermoza que vi en la frontera en un verde prado d rosas e flores, natural como el pacificador Pedro La Gasca, de Barco de Ávila, en Castilla La Vieja, alumbrada y modelada junto al Tormes (el del Lazarillo), comarca cercana a la sierra de Gredos y a la ciudad de Ávila, amurallada como Santa Teresa que no muere porque no muere.

Nos hablaba con devoción del tío abuelo, el ineludible político don Arturo Osores, candidato a la Presidencia de la República, enemigo acérrimo de Leguía, lo que le costó años de reclusión en la Isla de San Lorenzo, la que se negó a abandonar solo por no acatar la amnistía del dictador.

De don Arturo Osores Gálvez (heredero fidedigno), independiente hasta la soledad, conocido en el Congreso como “el terror de los ministros”, hasta hoy resuena en Los Pasos Perdidos su demoledora sentencia: “¡Los ministros que se equivocan, se van a su casa!”.

Y qué no contarnos del barbado José Manuel Osores Cuervo, descendiente del marqués de Aranda y Señor de los Rubiales, tío abuelo del enrazado historiador Raúl Porras Barrenechea, canciller de polendas, que hubiera optado por sacrificar su mano antes que firmar contra Cuba, en San José de Costa Rica.

¿A dónde ha ido parar, papá Daniel, este reino perdido?



El Tío Lino

En la provincia de Contumazá se hablaba, desde tiempos lejanos, de la existencia de un personaje de leyenda, muy popular, ingenioso y fabulador, andarín y aventurero, a quien se conocía

como el Tío Lino. Mi padre escribió, en 1920, en la revista *La Patria*, que él fundó y dirigió con Felipe Alva (padre del “Lechuzón”), un artículo en el que por primera vez se da a conocer a este narrador oral, mitómano por excelencia, que encandilaba con sus historias a grandes y chicos. Décadas más tarde se refirieron a él los escritores Fidel Zárate, Luis Alva, Mario Florián, Marco Antonio Corcuera, Eduardo González Viaña. Y también llevó al libro y al diseño las fantasías del Tío Lino el reconocido y talentoso pintor Andrés Zevallos, el artista cajamarquino de corte indigenista, discípulo de Sabogal. La más reciente edición es muy pulcra, de lujo, y está ilustrada estupendamente por él. Es él quien ha hecho la mejor compilación de cuentos de este personaje contumacino que el pueblo no ha olvidado.

Mi padre señalaba en la nota antes aludida que el célebre cuentero hacía de actor y autor. Él era siempre el héroe de sus historias, en las que a veces aparecían como protagonistas su esposa y su hijo. Era un hombre de raíz campesina y elaboraba sus fábulas con elementos de la flora y la fauna del paisaje rural. Contenían sus historias un candor infantil y por inverosímiles resultaban graciosas. Otra de sus características era la brevedad y la concisión del relato. No se ha hallado retrato físico del autor. Solo se dice que era delgado, hombre de campo en el vestir, vivaz y de fácil conversación salpicada de ocurrencias. Hacía de peón en las haciendas y solo en fechas especiales iba al pueblo, donde era recibido con algazara por niños y adultos. Aunque un tanto maltrecho solía salir airoso de las aventuras que narraba, ya sea volando por los aires tomado de un cóndor o introduciéndose por el cañón de una escopeta para huir de sus perseguidores.

Durante un tiempo fue el encargado de cuidar un fundo de los asedios de un “animal dañino”, que estaba diezmado la chacra de mangos, donde también se cultivaba arroz y paltas, según relata Luis Alva. Cumplida su labor, después de vencer al intruso enemigo, fue a buscar al hacendado para decirle que había acabado con tan desalmada fiera. Lo llevó a ver un enorme boquerón donde antes se alzaba un coposo árbol de mango. “Aquí lo atrapé echándole lazo y lo amarré al tronco. ¡Qué fuerza tendría para sacar a la planta con raíces y todo!”. —¡Sería una bestia de gran tamaño!, comentó el patrón. —No, don Pedrito. Era un zancudo.

Mario Florián contaba que el “Tío Lino se sentaba en el atrio de la iglesia a contar sus cuentos a la multitud allí reunida”. Según el poeta de Nanyá, el narrador popular murió “de un ataque de colerina” en la ciudad de Cascas, luego de perder en un juego de naipes. Lo sucedería enseguida, alumbrado por la memoria popular, el Tío Canchungas, autor de décimas populares en las que empezó a hacerse presente la urbe. Estos juglares errantes, del campo y la ciudad, fueron dos de los primeros literatos orales oriundos de Contumazá. Fidel Zárate los evoca en su libro *Los lares iluminados*.

Hasta hoy se propalan sus imaginerías: una noche, el Tío Lino llegó a su casa y constató que no habían preparado la merienda por falta de lumbre. Rascándose la cabeza abrió la puerta y se quedó a la expectativa. Afuera, se anunciaba tormenta: gordas y negras nubes revoloteaban agrupándose en el cielo. Cuando se produjo el primer rayo y se iluminó la casa, el Tío Lino cerró la puerta con tal ligereza que la luz quedó prisionera en el interior, utilizándola enseguida para encender el candil, ante el asombro y la alegría familiar.

En Ascope, recorriendo la hacienda La Griselda, salió al encuentro del Tío Lino un perrito chusco de esos ladradores, con cara de malas pulgas. En el preciso instante que intentaba morderlo, le introdujo el brazo hasta el rabo y le dio la vuelta como si se tratara de una bolsa o un calcetín. Según cuentan, daba risa verlo después ver al can andar desnudo en la calle, sin un pelo en la piel.

Así nació –según el Tío Lino–, el primer perro calato. Conocido también como perro peruano o perro chino. Y nació el primer narrador oral de Cajamarca que no tenía pelos en la lengua al contar sus historias, con las que fue enriqueciendo el imaginario popular.



En Huaraz

Como mi padre pertenecía a la judicatura, desempeñó un tiempo el cargo de fiscal interino en Iquitos. Cuando conocí la selva, entre sus rumores, oí por primera vez el nombre de Róger Rumrril. Me sonó a canturreo de cigarra. Rumrril. Por él, supe que mi padre había publicado en Iquitos, durante su corta estancia, algunos textos en los periódicos locales. Mientras revisaba diarios antiguos, halló unos poemas de don Óscar E. Corcuera, que compiló sin saber que se trataba de mi padre. Después de su fugaz paso por la región del Amazonas lo nombraron vocal de la Corte Superior de Áncash.

Mi padre fue el primero en trasladarse a Huaraz y luego toda la familia. De pata-salada, pasé a pata-mojada por la lluvia serrana. En la Cordillera Blanca vi llover granizo. Por primera vez sentía los cocachos que nos propinaba el cielo con los nudillos de la lluvia, dardos de hielo en la cabeza. Pude también contemplar los majestuosos nevados. El Huascarán asomaba como un monarca cubierto con un manto de armiño. En contraste, la Cordillera Negra se empinaba luciendo un perfil bajo, como queriendo no hacerle sombra al pico más alto de la cordillera de los Andes: el Huascarán. En Huaraz hice buenos amigos que todavía veo y estimo: César, Alberto y Benjamín Morales Arnao, Hernán Carrión (después llegaría a ser mi cuñado), Antonio Ramos, Javier Galindo y los hermanos Rodríguez, Julián, Raúl y Jorge. Estudié los dos primeros años de media en el Colegio La Libertad. Julián Rodríguez, convertido en destacado médico, me salvó en Lima de una inminente peritonitis, llevándome de urgencia al hospital en ambulancia. Cuando me sacaron el apéndice estaba en “estado catarral”, a punto de reventar. Y pensar que el doctor Rodríguez tuvo que amenazar a sus colegas del pabellón de emergencia, que diagnosticaron solo un “fuerte cólico estomacal pasajero”.

El paisaje del campo ancashino con su flora y su fauna, sumadas a mis vivencias de la costa, enriquecieron mi visión de la naturaleza. Los tumbos del mar, con sus aves marinas, y las quebradas de la cordillera, con los pájaros del monte, iban

preparando la simiente y los nidales en mi sangre para gestar y empollar mi *Noé delirante*, dándole frescura a mi aliento poético al borrar mis primeras fábulas. De mi estancia adolescente en Huaraz quedaron impresas en mi memoria algunas estampas que más adelante aparecerían en mi pequeño *Cantoral*, librito que de puro ingrato no lo consigno en la solapa cuando anoto la relación de mis libros publicados. Fue fruto de los quince o dieciséis años, editado con retraso.

Al trasladar los enseres de la casa de Contumazá a Huaraz se perdieron baúles y se estropearon con la lluvia cajas de cartón que contenían fotografías y manuscritos de mi padre, fajos de cartas entre los que estaban las que había cruzado con su amigo José Eulogio Garrido, el autor de *Carbunclos*. Se dañaron con el agua y el barro viejos recortes periodísticos y los originales de su producción inédita en prosa y verso. Esta pérdida le significó el desaliento y el final de su fugaz vida literaria.

Contumazá es un pueblo de calles estrechas y empinadas, muy español en sus costumbres y en sus fiestas religiosas y paganas: las corridas de toros, la procesión de los penitentes, fieles que salen en Semana Santa por la noche en procesión arrastrando cadenas. Las mujeres de edad se visten de negro y están sentadas en las puertas bordando como en algunos parajes de España. Las más jóvenes lucen rostros sonrosados. Allí tuve por primera vez en las manos una mariposa, conocí el colibrí (lo mencionan por su nombre quechua: *quinde*), que me pareció un helicóptero del tamaño de una mosca. Parece un pajarillo de bisutería, de ficción. Entiendo por qué a los más menudos se les llama pájaro mosca. Vi tan de cerca al venadito de los montes que casi lo toqué, solo lo conocía por los libros de cuentos, después quedaría registrado en unos versos, “al ciervo / mientras dormía / le creció un árbol”. Me encegueció el oro de los trigales, me deslumbró el arcoíris en el cielo y en las ocas, esos tubérculos que pintarrajea la tierra; bebí directamente de las ubres de las vacas que para mí y mis hermanas ordeñaban las campesinas. Otra fauna y otra flora quedaban tatuadas en mis ojos.

Dejar Contumazá a mi padre no le fue fácil. La víspera de su partida todo el pueblo se congregó frente a la casa a pedir que no

aceptara la vocalía de Huaraz a la que acababa de ascender. Una multitud tensa, integrada por hombres y mujeres con sus niños en las espaldas le pedían acongojados a mi padre que renunciara, le rogaban en sus discursos que se quedara en su tierra donde se le quería y se le necesitaba, y las diversas instituciones le adelantaban que lo proclamarían candidato a una curul en el Parlamento. Cuando mi padre, profundamente conmovido por tanto amor, estaba a punto de aceptar, salió mi madre al balcón de la casa y echó un discurso que dejó a la multitud en silencio. Les espetó a todos que debían sentirse orgullosos y proceder con menos egoísmo, que el doctor Corcuera le había dedicado muchos años a Contumazá y que tenía derecho a ascender en su profesión y a pensar también en el futuro de sus hijos que necesitaban una buena educación. “¡Si el doctor Corcuera renuncia a ser vocal, primero tiene que renunciar ahora mismo, a su mujer y a sus hijos aquí presentes!”. Su palabra no fue recibida con aplausos pero fue decisiva. Luego vino el discurso conmovedor de mi padre en el que les agradecía a todos y emocionado hasta las lágrimas se despedía de su pueblo que nunca más volvería a ver.

En el segundo año de media, empecé a escribir mis primeros poemas. César Morales Arnao, jefe de redacción del diario *El Departamento de Huaraz* me los publicaba, en la confianza, seguramente, de que algún día escribiría bien. Incluso, viviendo ya en Lima, todavía en mis años de colegial, seguí remitiéndole colaboraciones. Hace algunos años regresé después de mucho tiempo a Huaraz de paseo y pregunté por los archivos del diario y me respondieron que se perdió todo con el terrible terremoto que el año 70 del siglo pasado estremeció y destruyó el callejón de Huaylas. Recién respiré al saber que la naturaleza había destruido, con amable gesto solidario, mis primeros intentos líricos que ahora me hubieran ruborizado. Antonio Machado cuenta que una vez adquirió unos poemas inéditos de Gustavo Adolfo Bécquer, que le vendió un anticuario, y ese mismo día los destruyó en homenaje al gran romántico.

En Huaraz se manifestó la enfermedad que le causaría la muerte a mi padre. Repentinamente lo trasladaron a Lima bastante mal y a los pocos días en la capital se produjo el deceso. El parte

médico precisaba, a secas, que había fallecido de insuficiencia renal, y abatidos en la casa nos quedamos solos con mi madre y sus nueve hijos, que aún no habíamos concluido nuestros estudios. Don Óscar E. Corcuera tendría ahora menos años que yo. Fue un magistrado sencillo, honrado y justo. Con una gran vocación artística que frustró su profesión. Manuel González Prada dijo que en el Derecho se han perdido grandes talentos. Mi padre fue uno de esos casos.

MI PADRE

Por igual el sombrero de mi padre
saludó al magistrado,
al talabartero,
al coronel de policía
y al remienda-zapatos.
El cerrajero, el verdulero,
el afilador de cuchillos,
el vendedor de pan
el peón de las haciendas,
a su paso o a la distancia,
deteniéndose, lo saludaban,
y él respondía sacándose el sombrero.

El doctor Corcuera en su despacho de juez,
en su sillón de vocal de la Corte,
siempre un hombre sencillo,
amable en el trato, justo en la sentencia.

El mismo peso del sombrero
en cada plato de la balanza.
Nunca se cubrió el rostro
ni se manchó las manos

ni le mezquinó una palabra
cordial al condenado.

Mi niñez y mi adolescencia
lo recuerda en estos años
que me acerco a su edad.

En su ciudad natal,
lleva una calle su nombre
y el hombre del pueblo,
al descubrir la placa,
se saca el sombrero.

Días antes de su muerte, un grupo de personas, amigos entrañables de mi padre, fueron a visitarlo a la clínica. Le deseaban una pronta mejoría y lo invitaban a pasar los días de convalecencia en Contumazá; después de una enternecedora plática, mi padre les agradeció la visita y su afecto y los despidió diciéndoles: “nos queda una eternidad para querernos”. En esos días falleció.

